

El Imperio Científico. Investigaciones político-espaciales

BERESÑAK FERNANDO

*Miño y Dávila, 2017,
Buenos Aires, 431 pp.*



Pieza constitutiva de la Biblioteca de la Filosofía Venidiera, estas investigaciones políticas espaciales, editadas por Miño y Dávila, esgrimen, con vocación erudita y prosa clara, una apuesta de ineludible valor académico. Beresñak, su autor, nos interna por medio de una rigurosa reflexión en el tratamiento de una temática transversal a la experiencia humana: la espacialidad.

Un dictum se erige como máxima de esta obra: toda historia del espacio es una figuración política. Nuestra forma actual de percepción e interpretación sobre el espacio así lo indica; hoy nos encontramos, en el decir de nuestro autor, bajo el dominio de la razón científica. De modo que podemos rápidamente advertir que nuestra concepción del espacio no es neutral. Quizás esto no sea suficientemente esclarecedor. Insistamos: en el ideario pergeñado a lo largo del texto podemos advertir que el rasgo de neutralidad no corresponde exclusivamente a nuestra época, sino que se extiende sobre toda concepción del espacio posible. De ese modo, la neutralidad se constituye como una imposibilidad de orden ontológica, y no ya como rasgo épocal.

De estas páginas brotan una serie de interrogantes que, por su propia fuerza, dislocan nuestra percepción del espacio, dado que al mostrar sus huellas, el camino se desmorona en su necesidad; ¿Es el espacio en tanto que tal idéntico a sí mismo? ¿Acaso la ciencia contemporánea posee algo así como la verdad del espacio? ¿Se trata de un territorio moldeado políticamente y, por ende, sujeto a la contingencia de las querellas humanas? ¿Existe una espacialidad que exceda lo humano? ¿De dónde procede nuestra percepción contemporánea sobre el espacio?

Con espíritu foucaulteano, Beresniak se aboca la tarea de des-sedimentar las capas que se fueron entretejiendo en el decurso histórico de Occidente sobre la espacialidad. Al igual que el pensador francés, se procede aquí arqueológicamente: se trata de una operación de desmontaje, lo que supone, en tanto que corolario directo de esa misma acción, pensar la discontinuidad, la inflexión. Así, Beresniak rastrea procedencias, no continuidades o linealidades; desfases, no esencias inmutables. Denotamos que no hay, ni de cerca, una suerte de autodespliegue de la espacialidad, ni una racionalidad teleológica que disponga un progreso lineal y unívoco del espacio hacia una forma acabada.

Esta empresa arqueológica-genealógica posee tres nombres fundamentales: Copérnico, Galileo y Newton.

Un punto neurálgico de la obra copernicana será el embate contra el geocentrismo, línea ésta que se fundamentaba en presupuestos de clara raigambre teológica, lo que no se traduce en un abandono por parte de Copérnico de la figura de la divinidad. Lejos de ello, sigue hablando de la misma en términos reverenciales. Es más: desde la óptica del propio Copérnico, que se antepone a la perspectiva de las cúpulas eclesíásticas de ese entonces, su teoría venía de algún modo a reforzar la figura de Dios.

El punto fundamental del gesto copernicano, lejos de lo que se puede presuponer de antemano, no es tanto la postulación del heliocentrismo. En realidad será el resquebrajamiento de los límites disciplinares en los que se configuraba la reflexión teológica-política el indicador de la potencia crítica de la obra copernicana: distribución de jerarquías y competencias, derecho de habla y mutismos imperativos. Todo un quehacer epistémico y gnoseológico que se reordena y se trasmuta a la luz de la teoría copernicana. Aunando lo que otrora permaneciera escindido gnoseológicamente (modos del cálculo y metafísica aristotélica), Copérnico esgrime, vía realismo heliocéntrico, una reflexión unitaria, que articula, en un mismo registro teórico-práctico, filosofía y matemática, teología y estética. De ese modo, la matemática no se limita a calcular el mundo. El reposicionamiento de las matemáticas cesa de ser mera conjetura para consolidarse como método para captar y describir la realidad. Lo capital no es el heliocentrismo en tanto que tal, sino su efecto: la fractura del campo gnoseológico

Recuperando la tesis del heliocentrismo propugnada por Copérnico, Galileo Galilei, representa en estas investigaciones políticas espaciales el segundo punto de la revolución científica.

La obra galileana no se gesta como repetición acrítica y vacía del padre del realismo heliocéntrico. De hecho, podemos advertir, apenas comenzado el tratamiento de Beresñak, dos divergencias fundamentales respecto de Copérnico. A saber: en primer lugar, la postulación, telescopio mediante, de un universo que si no infinito, si era, por lo menos, indeterminado. De esa manera, se recusa la tesis de la finitud del cosmos. En segundo lugar, Galileo imprime un viraje en lo relativo a la concepción del aspecto material del universo: éste, que otrora era considerado perfecto, armonioso y regular, es rotulado como irregular e imperfecto. Se pregona un nuevo vínculo entre el registro matemático y el cosmos. Ya no alcanza con decir que las matemáticas describen adecuadamente la realidad. Debemos avanzar un poco más para proclamar que la realidad, ahora, es en sí misma matemática. Lo real no es otra que cosa que la cristalización de la matemática divina. Como podemos constatar, se prorroga la figura de Dios, quien, de acuerdo a Galileo, “dispuso todo con medida, número y peso”¹.

Por otra parte, no podríamos hacer caso omiso, nos dice Beresñak, a uno de los corolarios inmediatos de la operatoria galileana: el estatuto de la verdad estará de ahora en más estrechamente asociado con la geometría. Sin embargo, ello no supone una mera inversión de la distribución disciplinar anterior. Ni la filosofía ni la teología pasarán a estar subordinadas al espectro matemático. No se trata de que ambas pasaran a ser simples efectos de una causalidad matemática universal.

En general, se pasa a considerar a la filosofía como el arte del control discursivo. Eso implicaba dos cuestiones fundamentales: primero, se constriñe a la filosofía a un campo exclusivamente lógico. Esa reducción de la filosofía indica además, subrepticamente, la extirpación de su potencialidad imaginativa-especulativa. La filosofía, entonces, se vacía, para confinarse a lo inmediato y evidente. Por consiguiente, se difumina toda tu potencia disruptiva. Segunda cuestión: la filosofía, ya no podrá expedirse en el nivel de lo verdadero. Al fin de cuentas, la filosofía prosigue, aunque des-anclada de lo que antes fuera su ámbito propio. Habla e investiga. Pero siempre sus reflexiones estarán atravesadas por un hecho irrebalsable y exterior a ella misma: la verdad del cosmos se juega en la territorialidad de la física-matemática. En Galileo filosofía y matemática se enhebran en una cosmovisión que hace de la matemática una filosofía en sí misma. Así, se erige una ontología del cálculo: el ser deviene cálculo, matematización y cuantificación.

¹ Beresñak, Fernando. *El imperio Científico: investigaciones político espaciales*. Miño y Dávila, 2017, pp, 149.

Finalmente Beresñak decide adentrarse en la obra de Isaac Newton. Furibundo crítico del catolicismo, Newton introduce en su pensar un ideal de clara raigambre especulativa. Ese componente especulativo no es otro que la postulación de un espacio absoluto, herramienta capital en el armazón conceptual newtoniano. Insiste inmediatamente Beresñak en que el estatuto especulativo del espacio absoluto supone negar al mismo tiempo la matematicidad de ese espacio. Para ello, discute la clave hermenéutica de Koyré, quien si propugnaba que el espacio absoluto era pasible de ser matematizado. Ahora bien, ¿cómo es ese espacio absoluto? Newton lo consigna como incorporeal, inmutable, inmóvil e independiente. Por ende, estamos en condiciones de afirmar que es ontológicamente anterior a la materia, al cuerpo e incluso al lugar. A su vez, plantea que además de especulativo el espacio absoluto posee reminiscencias teológicas en cuanto todo el universo es la disposición de un arquitecto divino.

El texto prosigue rastreando el vínculo entre teología política y espacio absoluto. En ese sentido, se asevera que éste último no es otra cosa que la manifestación presencial de la divinidad en el universo. Dios trasladó su omnipotencia y sapiencia infinita al espacio absoluto, que se constituía de ese modo como la condición de posibilidad inmaterial de todo lo material; como si lo anterior no fuera suficiente, Newton también sostenía que Dios dictamina no sólo todo lo que es, sino todo lo que será y todo lo que podía ser. De ese modo, el señorío sobre lo real se universaliza en toda temporalidad concebible, lo que por otro lado anula cualquier posibilidad de imaginar el libre albedrío de los sujetos humanos.

A su vez, la obra de Newton da el puntapié a la cuantificación-matematización del mundo. Sin embargo, de ello no se puede deducir, tal como ha hecho la moderna racionalidad espacial, la deslegitimación newtoniana de la filosofía. Lejos está newton de esgrimir argumentos de ese calibre. Para él, la matemática debía de estar empapada de una actitud filosófica, a la vez que la filosofía debía prestar la suficiente atención a los desarrollos de la matemática.

Ya sobre sus últimas líneas el texto habilita una serie de interrogantes en torno a nuestra contemporaneidad. Entre ellos el siguiente parece el más acuciante: ¿acaso somos capaces de imaginar, hoy, en los albores del XXI, nuevas formas de vida a partir de una eventual redefinición de nuestra concepción del espacio? Ese interrogante, que condensa en su espesor constitutivo inquietudes políticas, teológicas y éticas, sólo puede emerger en la lectura de estas- insoslayables, por lo recién expuesto, pero también por mucho más- páginas.

FRANCO DONATO PATUTO GONZÁLEZ.